

FRANCISCO ELIAS DE TEJADA Y SPINOLA

*LOS DRAMAS  
TEOLOGICOS  
DEL ORIENTE*

MADRID

1 9 6 7

## SEÑORAS Y SEÑORES:

Gracias en el alma por vuestra hospitalidad en esta tarde, que me recuerda la hospitalidad tantas veces recibida de otros hombres del Islam en mis largas caminatas por las tierras donde el mu-adzin pregona cada día las grandezas de Alláh, Dios único; hospitalidad en la que practicáis el más sagrado de los preceptos de la religiosidad coránica; la hospitalidad ancestral bajo las tiendas del beduino, la *diyafa*, الضيافة ١

Bajo los palmerales de la Nubia, a las orillas de aquel río que es tan grande que mereció el nombre de mar para los egipcios que sus orillas pueblan, el Nilo, al-bahr البحر ٢ — en la apoteosis de bellezas que es la plaza real, la Méidan es-Shah de Ispahan, el cuadrilátero urbano más encantador que jamás pudo soñar la fantasía; en las rúas tumultuosas de Fez, señorial entre todas las ciudades recostada, blanca y suave, sobre su valle, igual que una odalisca sobre los cojines de terciopelo verde de un harén; o en los jardines afganos de Babur, que son un prodigio de verdura arrancado al furor de las estepas; en todos los ángulos he recibido muestras insignes de la hospitalidad que en esta tarde madrileña me brindáis. No me sorprende, pues, que estoy acostumbrado a este uso gentil de caballeros; mas la repetición de la costumbre no quita méritos al gesto de hermandad

cuya meditación, además, me dice de sobra hasta qué punto un español que lo sea de veras es hermano de veras de los árabes.

Gracias sobre todo a ti, viejo amigo entrañable, admirado y admirable, Pascual Marín, espejo de caballeros, leal entre los leales, varón de fe y de verdad en esta edad en que la varonía del espíritu va siendo más escasa cada día. Jurista concienzudo que sabe ser poeta en la medida en que son poetas todos los paladines de las causas justas, insigne tanto por tu ciencia como porque sabes encarnar con ejemplaridad incomparable la condición ya casi pretérita también, de la más perfecta de las hidalguías. Gracias de todo corazón por tantas y tantas cosas como te debe España, entre las que no es la menor tu afán por acercar estos dos orbes árabe y español poniendo de relieve las inúmeras cosas en que somos un solo universo del espíritu.

Señores árabes aquí presentes. En el umbral de mis palabras de esta tarde, quisiera agradecerlos también, a fuer de español a machamartillo que soy, lo mucho que de vosotros, los españoles hemos recibido. En aquella guerra civil durante ochocientos años que fue la que llamamos guerra de Reconquista, por encima de las diferencias de religión y de principados políticos, se forjó aquello que es la realidad radical de una cultura: un clima de condiciones vitales, un ambiente de mentalidad que nos envolvió a todos, a musulmanes y a cristianos, con esa misma imponderable, pero evidente, efectividad con que la luz solar ilumina al mismo tiempo, clara y abrazadora, cada una de las cosas sobre la faz de la tierra.

## I

Eran mis antepasados iberos vascones de broncea estirpe, mal amansados por el puño de Roma; o eran celtas enamorados de la naturaleza encandilante de los bosques oscuros del noroeste peninsular; o eran germanos llegados en son de conquista, avaros de las delicias del botín riquísimo de estas comarcas, paraíso del Occidente. Eran los que venían desde las orillas africanas, beduinos a caballo, movidos por el resorte de la guerra santa; bereberes arrastrados por el fervor que arrastra a los neófitos; creyentes fanáticos en los mensajes del Profeta Muhammad; pero, sobre todo, varones que, iluminados por la religión nueva, conservaban intactos los inéditos frescores primarios de las usanzas milenarias del desierto.

Usanzas que cuajaban en tres reglas, las cantadas por los viejos vates preislámicos a la sombra de las tiendas pardas tejidas con pelo de camello, al amparo del titilar inmortal de las estrellas, en las noches de paz y de amor que solamente pueden evocar quien como yo haya tenido la fortuna de dormir en un lecho de arenas move-dizas todavía encendidas por los atardeceres de un sol que abrasa. Las tres usanzas que elevara a dogma aquel rey errabundo de la estirpe de los Kinda, Imru al-Qais, que, según celeberrima tradición, designara el Profeta para caudillo de poetas en las regiones infernales, porque murió en Ankara en intrigas de amor con una princesa bizantina. Las tres usanzas que incitan las bellezas del mayor de los *fuhul* clásicos, de Tarafa, en aquella *muallaqah* donde triunfan el heroísmo, la mujer y la generosidad; la que aureola la apasionante, brutal, sobrecogedora muerte del caballo del guerrero en el desierto, en el *Diwan* del belicoso Antara. Las del rapsoda centenario Zuhair ibn Abu

Sulma, el cantor máximo de la existencia beduina entre palmerales de oasis y ventiscas de arenas impalpables. O sea, las tres reglas de *al diyafa* u hospitalidad; de *al-hamasa* o fortaleza, y de la *al muruah* o grandeza del espíritu, noble masculinidad viril.

Sobre todo, por la última, porque lo que nos hermana a todos, árabes y españoles, es el culto común que practicamos a esta virtud, que para nosotros todos es la virtud suprema, en contraste con el mundo que llaman Europa.

Muchas veces también, en mis andanzas por Europa o por las tierras islámicas, he podido comprobar que estaba mi hogar en las segundas, mientras que me sentía forastero al traspasar los Pirineos. Es una experiencia que tengo, para mí sirve de regla medidora de la calidad de lo español. Porque los españoles podremos haber recibido de Europa los ensalmos de una técnica, de unos adelantos materiales, medidos por listas numéricas de neveras o de automóviles, de trenes o de televisores; pero tenemos común con los árabes algo mucho más profundo: nuestra calidad esencial humana.

No se trata aquí de las manoseadas alusiones a los monumentos islámicos de Andalucía, sin duda los más maravillosos de la arquitectura musulmana; ni de superficiales palabras de cortesía de juegos florales o de banquetes diplomáticos. Sino de lo que es la intimidad de las reacciones por las que los hombres son lo que son sobre el planeta.

Es, que vosotros y nosotros, nada más que vosotros y nosotros, somos hoy en el mundo las solas gentes capaces de matar y de morir por esas cosas que en Europa no interesan, pero que para nosotros son fundamentales: la gloria de Dios y el honor de una mujer. A Dios gracias sean dadas, a El, todo clemente y todopoderoso, porque

seamos capaces a mediados del siglo XX de sacrificar a estos valores espirituales y supremos las comodidades materiales de la vida técnica moderna. Un francés, un inglés, un sueco, un norteamericano tomarían por loco a quien pelease, matara o muriese por la fe fanática en Dios único o por la dignidad de la mujer amada. Si hay discordias, se arreglan prontamente con llamar a los herejes hermanos separados, o acudiendo a un juez para que tase en libras o en dólares el precio de cualquier frondoso ornamento frontal. Nosotros, no. Porque nosotros sabemos que es despreciable, despreciable sin remisión ni contemplaciones, quien duda de la verdad de Dios o quien lava una ofensa de honor con un puñado de billetes.

He aquí por qué yo me siento mil veces más cerca de vosotros que de los europeos. He aquí por qué yo me enorgullezco de nuestra hermandad y me atrevo a proclamar que, precisamente por ser español, no soy de aquellos que don Miguel de Unamuno definió por «papanatas europeizantes». No se trata, hermanos míos, de palabras de cortesía hueca por dentro, como una calabaza vacía; se trata de plantear en su verdad más honda, la última raíz de lo español, la de que vosotros y nosotros poseemos; nosotros, porque la hemos revivido de vosotros, la *muruah*, la grandeza de alma.

Es lo que significa a la letra *muruah* en árabe. «Al-muruah» es el hálito vital, el aliento del alma, la dimensión axiológica del *nafs* o espíritu. Uno entre los mayores escritores árabes de todos los tiempos, aquel hijo de Basora magníficamente llamado Abu-l-Hasán Ali ibn Muhammad ibn Habib al Mawerdi, que en su *al ahca-am al-Sultaniyah* cifra la cumbre cimera del pensamiento político árabe de todos los tiempos, compuso en el *Kitab Adab al-dunya wal-din* o *Libro de los usos del mundo terreno y de*

la fe un tratado de ética donde esta virtud suprema de la *muruah* es el canon superior para todos los valores morales, la más alta de las *makarim al-akhlaq* o «eminentes virtudes» que puede poseer un ser humano: al-*taqlif* u obligación legal máxima que pueda provenir del *asl* o fundamento de la fe, el *imad* o columna suprema sobre la que se sustenta la existencia de quien sea *al-aqil* o varón justo.

Esta *muruah*, esta nobleza de alma, semejante elevación de espíritu, tal localización perfecta del perfecto hábito del yo, fundamento para El-Mawerdi de todas las condiciones de lo justo y de lo recto, no es ni más ni menos que la hidalguía de los clásicos españoles. Dejemos de lado raíces etimológicas y vayamos a la sustancia del concepto.

¿O es que al-*muruah* no supone la magnanimidad en las victorias, no acarrea el temple viril en las derrotas, no implica el respeto a los demás, no lleva consigo la estima del honor por encima de todo, no significa hasta incluso el porte sosegado del verdadero señorío? ¿Y no leemos en los clásicos que escribían, cuando las Españas eran las Españas auténticas, que tales fueron cabalmente las virtudes del hidalgo?

Hoy se dice, chabacanamente, por ejemplo, que el pueblo español se caracteriza por su violencia inconsiderable: hoy se proclama por característica nuestra lo que llaman «furia» española; hoy se ha hecho emblema de nuestra condición humana la estampa del toro bravío que acome al trapo rojo con furor violento e inconsciente. Pero yo pregunto: ¿es que hemos olvidado que en los siglos áureos de nuestra historia, en los siglos XVI y XVII, ésas eran precisamente las características de los franceses, de los europeos? ¿No recordamos ya que no hay un solo lugar, ni uno solo, en los escritos de entonces en donde

no esté pintado el español como el varón señor por excelencia, el que entregado a Dios acepta victorias o derrotas con la ecuanimidad de su hidalguía? ¿Dónde está la furia y no el sosiego como atributo de lo español en una sola de las apreciaciones de aquellos siglos, cuando todavía aún no habíamos sufrido esta lepra, ya tres veces secular de la maldita europeización, que nos trajeron de Francia los malditos Borbones franceses? ¿Es que acaso nuestro mayor rey, el incomparable Felipe II, no fue en cada instante de su vida estampa de hidalguía, tanto que bien hubiera podido, de haberle alcanzado cronológicamente el Mawerdí, designarle por prototipo de varón en posesión de la *muruah*?

La equiparación entre árabes e hispanos en esta dimensión del honor por fundamento de la existencia es lo que me hace confiar que entenderéis mi planteamiento de esta tarde, sobre lo que llamo en el título los dramas teológicos del Oriente. Porque en las Españas somos también Oriente, en la medida en que nuestra historia está también presidida por Dios y no por el hombre, cual sucede en las temáticas occidentales que suelen llamarse Europa.

## II

Desde los tiempos que se pierden en las neblinas de lo primitivo, en las zonas primeras en que el hombre creó centros de vida común, tribal o urbana, en el Medio Oriente, el hombre ha vivido en comunión con Dios. Desde las estepas infinitas del desierto arábigo hasta las márgenes feraces del Nilo o del Eúfrates, los dioses rigen la vida de los hombres, decaídos a sujetos pasivos del acontecer histórico, cuyos protagonistas son exclusivamente las divi-



nidades. Las guerras entre pueblos o ciudades eran pugnas entre dioses. Los hombres se limitaban a actuar por instrumentos del poderío de los dioses respectivos. El quehacer histórico es una serie de hazañas donde se relatan contrastes de teología.

Repasad la historia antigua. En Egipto quien manda es un dios vivo, el faraón, señor de los dos países bañados por el Nilo, señor de la vida y de la muerte. Es Horus encarnado, el Sol mismo que se ha hecho carne y hueso. Trata a los dioses del cielo como igual suyo que es. El *Ka* cósmico es su alma propia. Su función divina le da el nombre que lleva; es faraón, o sea *per aa*, la puerta del cielo, quien maneja al cielo.

Manda en el mundo tal como pueden mandar los dioses. Su sello de poder político es el *smen* o sello de propiedad; para los vulgares humanos, sobre cosas determinadas; para él, que es dios vivo, sobre la inmensidad del universo. Maat, la diosa de la justicia, que pesa la conducta de los humanos después de la muerte, es su amiga, casi su sierva. Es justo lo que manda, ya que su mandato es divino. Egipto estaba regido por un dios, y los egipcios hicieron historia como instrumentos de este dios que el faraón era.

En las orillas del Tigris y del Eufrates también son los dioses los que mandan. Bajo el dominio supremo de Amu En Ki y En-Lil, dioses soberanos de los espacios celestes, de la tierra fértil y de las tempestades que barren las llanuras, los dioses de las ciudades representan al derecho y a la vida en el escenario terreno donde se debaten las contiendas entre los hombres.

Cada uno de los dioses menores ha fundado una ciudad y la rige en condición de propietario. Es que la ciudad es una institución privada, y el gobierno, un acto

personalísimo del respectivo dios local. El ideograma que simboliza a la ciudad es las tabletas de arcilla secadas al sol para perpetuo testimonio de los siglos venideros, lo mismo indica a la ciudad que el dios que la gobierna. En-lil se escribe igual que Nippur, Ningirse igual que Girsu, Kar-Shamash es la «fortaleza del dios Shamasch», Nur-Adad es la luz del dios Adad, Assur es el rey de Asiria habitando en un templo en el centro de la urbe.

Los habitantes de cada ciudad son simples servidores, esclavos de la voluntad del dios. En un pasaje de la mitología más antigua nárrase cómo, para aliviar a los dioses de sus trabajos domésticos, En-Lil, el todopoderoso, formó a los humanos con lino seco de la tierra roja, colocándolos en grupos, cada uno de los cuales servirá a un dios determinado:

Anudaré arterias y reuniré huesos en un ser.  
Crearé a Lullu, cuyo nombre será «hombre».  
Formaré a Lullu, el hombre.  
El cargará con las faenas de los dioses,  
para que los dioses puedan vivir con libertad.

Es que el hombre está sujeto a una normatividad, ética, política o jurídica, consistente en la voluntad del dios a quien su ciudad pertenezca. El orden inferior humano repite al orden divino superior como el siervo ha de seguir los mandatos de su amo.

Para dar a conocer sus voluntades estos dioses, que son reyes efectivos, tienen en cada ciudad su representante. el *ishakku*, al mismo tiempo sacerdote, jefe militar y gobernante. Bajo él, los *nubanda* o intendentes son funcionarios inferiores, de quienes se distingue por ser el único que pende directamente del dios. Los títulos de *lugal* o rey y *en* o señor, en sumerio se identifican con el de

*patesi* o servidor esclavo del dios. Los correspondientes *sharru* y *bel*, en acadio equivalen al de *ishakku*.

Es el planteamiento que perdurará siempre en Oriente Medio, la tierra donde los hombres son meros ejecutores de los designios de sus dioses. Allí la historia no es una comedia humana, a veces demasiado humana, cual sucede en Occidente; la historia es un drama teológico, donde los actores son los dioses, y los hombres no cumplen otro papel que el de instrumentos y comparsas.

La concepción teocéntrica del universo queda así aplicada hasta en sus extremas consecuencias. El drama teológico será la historia misma, con sus batallas y sus libros, sus generales y sus poetas, sus reyes y sus vasallos, sus palacios y sus leyes, sus artes de la guerra y sus hallazgos del saber. Sobre las tablas de la vida lo humano suena a farsa menuda; los hechos se agigantan hasta lo infinito porque cada uno de ellos llevan el sello de un Dios.

La mentalidad de hebreos y de árabes sigue estas reglas permanentes de la cultura del Oriente Medio. La diferencia está en cómo cada uno de ambos, hebreos y árabes, realizan la voluntad de Dios.

Es lo que veremos en seguida.

### III

El pueblo hebreo se considera situado en el corazón del universo, como elegido por suyo por el verdadero Dios Yahvé. En su tratado *De las leyes especiales*, Filón de Alejandría escribe que el pueblo judío es respecto al mundo lo que el sacerdocio respecto a la república. Alianza que se remonta a hace tres mil quinientos años, cuando Yahvé entregó a Moisés las tablas de la ley en la cumbre del monte Sinaí, donde se le apareciera, entre truenos que

proclamaban su poderío y rayos que amedrentaban los humanos, encendido en una llama que ardía sin consumir jamás el arbusto del *saneh* o planta típica que en las laderas del Sinaí, entre piedras resacas de siglos, solamente se cría.

En la *Biblia* se da cuenta a cada paso de este pacto entre Yahvé, Dios de Israel, y su pueblo, por antonomasia el pueblo de la alianza. El Profeta Amós, en el versículo del tercer capítulo de su libro, exclama repitiendo palabras divinas inspiradas por Yahvé: «A vosotros solamente he conocido entre todas las familias de la Tierra.» Tan evidente es esta alianza, que penetra incluso en el vocabulario: los hebreros son *am* o el pueblo, los demás son cada uno *goy* o gente separada. Así en el *Exodo*, III, 7, contraponiéndoles a los egipcios, Yahvé les apellida *ammi*, pueblo mío. El mayor castigo que Yahvé puede lanzarles es repudiar la alianza, dejar de considerarles el pueblo escogido del Dios verdadero, de sí mismo; cuando Oseas, en el versículo 9 del capítulo I de su libro, busca recalcar la ira que en Yahvé han suscitado los pecados del pueblo, los resume en el hecho de que el Dios los ha repudiado, calificándoles de *la ammi*, de pueblo no mío.

Pueblo regido por su Dios, para los hebreos es Yahvé quien ocupa aquel lugar preeminente que en Egipto detentara el faraón o en Mesopotamia cada uno de los dioses locales. Yahvé es el único sujeto de la historia, quedando el pueblo reducido a un papel pasivo, a dejarse llevar de su mano poderosa. Es Yahvé quien asigna a los hebreos la tierra de Canaán, por eso llamada en el comienzo del capítulo XXXII del *Deuteronomio* la «tierra prometida». A Yahvé vuelven sus ojos empañados por la adversidad en los días aciagos de la derrota, por boca de Ezequiel. A Yahvé acude, en los salmos II y XVII, el rey David, pi-

diéndole grandezas y señoríos para los suyos, pues que le son leales y obedientes.

El papel del pueblo hebreo en la historia será pasivo, porque ya Yahvé se encargará de premiarlos o castigarlos, estando como están en sus manos omnipotentes. Israel es la propiedad de Yahvé, y nada más; lo que Ezequiel llama, en el versículo 6 del tercer capítulo, con un vocablo que expresa excelentemente la condición del Dios propietario de unos hombres: Israel es el *segulah*, el tesoro de Yahvé.

Es Yahvé quien gana las batallas, quien marcha delante como columna de fuego señalando las rutas del desierto, quien regala la tierra de Canaán, quien hace caer los muros de Jericó sin más que el sonar de los trompetas de las huestes de los elegidos, quien impera a los profetas lo que han de amonestar y a los soldados lo que han de combatir. O sea, el único sujeto activo de la historia, el hacedor del destino de su pueblo hebreo.

La única tarea reservada al pueblo es la de procrear, ser numerosos para servir mejor con el número la grandeza de su Señor. Nada hay en la historia hebrea, como muy bien ha hecho ver Beonio-Brocchieri, de una aventura heroica, ni aparecen allí los puñados de héroes que fabrican hazañas por el personal esfuerzo, según la concepción germana o la grecorromana de la vida. Eneas o Hércules resultan incomprensibles dentro del marco de la *Biblia*. Los hebreos no salen de Egipto por un impulso heroico, ni se rebelan contra ninguna opresión a manos armadas, buscando la salida a punta de espada; limitanse a procrear, a ser innúmeros, que ya Yahvé hará lo demás enviando plagas que venzan la resistencia del faraón. Es el viejo ideal formulado por las bendiciones de los hermanos de Rebeca, cuando ésta va a esposar a un hombre

que desconoce, llevada de signos divinales: «Que nuestra hermana crezca a miles de millones y que su semilla posea las puertas de nuestros enemigos», según cuenta el capítulo XXIV, versículo 60, del *Génesis*; es la promesa hecha a los patriarcas de que la descendencia superará las arenas del mar o las estrellas del cielo; es entregar el quehacer histórico en manos del Señor.

El drama propiamente dicho no es tal mientras Yahvé consigue regalar venturas a los suyos, y la historia, una cadena de victorias en premio a la fidelidad a su Dios. Lo peor estuvo cuando Yahvé no pudo o no quiso mantener a su pueblo en bienandanzas, cuando en vez de la peregrinación milagrosa por el desierto hubo profanaciones del templo jerosolimitano, cuando en lugar de la espada de David vino la diáspora disgregadora.

Entonces el drama colectivo trocose en dramas individuales. Las congojas de la desventura buscaron una explicación para la adversidad. La cual era posible en un solo caso: puesto que Israel era el pueblo elegido por Dios y puesto que Dios era el único agente de la historia, enderezar la adversidad no era cuestión guerrera ni problema de hazañas militares, sino tema ético. No se vencerá a los enemigos luchando, sino rezando a Yahvé, aplacando su ira, volviendo a los ojos de su gracia, calmando su ira, que es causa de tamañas penas.

Es lo que amonesta Amós a renglón seguido del texto arriba dicho, cuando, tras de asegurar que Yahvé ha declarado son los hebreos el pueblo elegido, añade: «Y por eso os castigaré a todos por vuestros pecados.»

La ética hebrea nace aquí así, no en función de un bien objetivo, sino con la intención política de aplacar los enconos de Yahvé. Tal es la *hesed*, acuñada por Oseas, como símbolo de la piedad, de la limpieza de corazón, de

la justicia, que consiste sobre todo en cumplir a ciegas la voluntad divina en los negocios terrenales. «Yo quiero —se lee en Oseas, VI, 6— la *hesed* y no los sacrificios; el conocimiento de la voluntad de Dios, mejor que los holocaustos.»

Ahí radica la entera historia hebrea. Los lloros de los profetas cuentan la magnitud del drama, ya tragedia decisiva. Isaías se complace, con un masoquismo histórico, en la humillación delante de Dios, modo solo de apaciguarlo, cuando reza: «Conoce el buey a su dueño, y el asno, al pesebre de su amo; pero Israel no entiende, mi pueblo carece de conocimiento.»

Es la desgarrada, perpetua historia de quienes no tienen más sendero vital que la humillación, que han de renunciar al combate porque se saben malditos del Dios al que veneran. La inmensa tristeza que destroza el hondón de los escritores hebreos está en que su drama teológico general, típico del Oriente, se ha transformado para cada uno de ellos en una tragedia personalísima. Y lo peor es que su única solución es seguir soportando adversidades sin más arma que la plegaria humillada, que la continuidad en la lealtad al mismo Yahvé, que les hace objeto de tantas calamidades individuales como colectivas.

Es lo que significa la afirmación del profeta Habacuc en el versículo 4 del capítulo II de su libro: «El justo vivirá por su fidelidad.» Es lo que atenaza de agonías la entera literatura de la diáspora sefardí, el argumento de *la vallée des cleurs*, de Joseph Ha-Cohen, en 1575; de *la Consolação ás tribulações de Israel*, de Samuel Usque, en 1550; del *Chabet Jehuda* o Vara de Juda, de Salomón Ben-Verga; del *Poema de la reina Esther*, de Juan Pinto Delgado, en 1627; de todos y cada uno de los tristes agoreros del infortunio que se humilla.

Es una actitud, digámoslo sin ofensas para nadie, con la fría serenidad de la exactitud histórica, de desvarío rayano en la cobardía del amilanamiento. El hebreo ha construido sus relaciones con Yahvé de tal manera, que no tiene salidas bélicas ni posibilidades de hazañas grandiosas, porque emprenderlas supondría renegar de toda teología, de todo su pasado, de los cimientos sobre los que edificó su razón de ser a fuer de pueblo selecto, escogido entre los demás pueblos de la tierra precisamente para que Yahvé pudiera hacerle objeto pasivo de la ejemplaridad de sus castigos.

La única visión optimista está en la esperanza del perdón cuando Yahvé dé por satisfecha la venganza que toma sobre sus espaldas cruzadas de latigazos de martillos. Dios cruel que apenas si goza con el sufrimiento de sus predilectos; Dios brutal que se alegra de las humillaciones de sus hijos, Dios austero, incomprensible, un Dios que asienta su gloria sobre las carnes matirizadas de sus leales.

Es la esperanza de la revancha que, por supuesto, no lograrán los hijos de Israel, porque será también hazaña exclusiva de Yahvé. Es la clave de argumento del drama transformado en tragedia teológica; la esperanza en la venganza que Yahvé tomará cuando le plazca, sin consideración ninguna para el pueblo doliente y amargado.

La esperanza de la profecía de Miqueas, nombre que ya significa toda la definición de la revancha al grito de «¿Quién como Dios?» De la profecía que reza sobre la dimensión pasiva del pueblo triste: «Y será la descendencia de Jacob en medio de los pueblos numerosa como rocío del Señor, como lluvia sobre la hierba que no aguarda a nadie ni espera a los hijos de los hombres. Y será la semilla de Jacob, entre las naciones, en medio de los pueblos



numerosos, como un león entre las bestias de la selva, como cachorro de león, entre un hato de ovejas, que al pasar pisotea y desgarras sin salvarse nadie. Se elevará tu mano sobre los contrarios y todos tus enemigos perecerán» (V, 6-8).

La que repetía Daniel Levi de Barrios a Daniel Franco Mendes, en 1686, entre las sombrías, sórdidas, callejuelas de Amsterdam, en la *Estrella de Jacob sobre flores de lis*, cuando soñaba en el futuro, asegurando cómo «cuando el vigilante caudillo a modo de Mosseh, y de David, es ángel del Señor delante de su ordenando ejército, entonces aun los más débiles soldados tienen fuerza y condición de ángeles. siguiendo las órdenes del Generalísimo con su marcha, y la de Dios con su obediencia. Y los Angeles cuando en figura humana se aparecen a los profetas, demuestran que el Infinito Generalísimo los hace sus soldados para que defiendan a los Justos de la Tierra contra los injustos».

Decidme si no es desconsoladora esta perspectiva de un dios que amordaza a su pueblo para humillarlo, de un pueblo que solamente ha de aceptar las adversidades como regalo supremo de su dios, de unas gentes condenadas a la pasividad histórica, de una entrega tan cerrada en manos de Yahvé, que el hombre, desolado, triste, vencido de antemano, apenas si puede soñar otra ventura que ir llorando a la vera de todos los ríos babilónicos, de todas las persecuciones, que son precisamente por durísimas, el sello supremo de la grandeza suprema de ese incomprensible Dios.

#### IV

La postura islámica es diversa. Ciertamente es que el Islam es la sumisión de la voluntad de Dios, pero qué diferencia

en los matices de la entrega, ¡cuánta es la parte que Mahoma reconoce a la voluntad de los hombres! Los humanos son cooperadores al mismo tiempo que instrumentos de Dios. Toman, por supuesto, su fuerza del Todopoderoso, pero de un Todopoderoso que es, al mismo tiempo, todo clemencias. Entre las noventa y nueve invocaciones de Alláh, compendio de sus grandezas incrito en las noventa y nueve cuentas del rosario musulmán, el equilibrio de la acción divina está igualado con la cabal compensación de sus sublimes diferentes perfecciones. Alláh no puede ser cruel ni vengativo, no puede complacerse en el aniquilamiento ni en el martirio de los suyos leales, porque Alláh es, por encima de todo, el Dios justo de las justas misericordias.

Hace ahora trece siglos y medio que un varón piadoso llamado Muhammad ibn Aballah, huérfano desde la infancia más tierna, viajero de caravanas y encendido de fervores religiosos, solía retirarse a una cueva llamada Hira, enclavada en las proximidades de la ciudad de La Meca, entonces centro de los cultos idolátricos de Arabia. Ghar Hira, o cueva de la Hira, era pequeña, estrecha y sombría. cueva de anacoreta que en el silencio de los desiertos medita sobre Dios, espejado en sus grandezas inmensas sobre la majestad de las llanuras inacabables.

Aquellas meditaciones quedaron interrumpidas una noche de primavera por la llamada que de Dios venía. Era una voz que tintineaba igual que campanillas animadas, anuncio de las palabras del ángel Jibril, y que pregonaba un orbe de conceptos novedosos, la afirmación de un Dios único, que estaba revestido del sacro imperio del Oriente. pero que llamaba a la plegaria encendiendo su llamada con los preceptos de una religión nueva, la de la salvación, la del Islam.

Por escucharla, aquel hombre, que nunca fue más que un hombre, por perfecto que fuese, quedó transformado en *nabi*, en profeta, pero un profeta cuya autoridad provenía de que era el simple *rasul*, el mensajero de Alláh. Su palabra era el *kalam*, la palabra de Dios, y su doctrina era harto sencilla, condensada casi en una sola frase, la que declara que Dios es único y Mahoma es su profeta: *La Ilaha illa-l-Lah; Muhammadun rasulu-l-Lah*; no hay más Dios que Dios, y Mahoma es su mensajero.

Aquel hombre de mediana estatura, cabellos lisos y ojos negros, mensajero de Dios sobre la tierra, era el mensajero de un Dios entre cuyos atributos mayores figuraba el de *wadud*, de amoroso hacia los hombres. Para ganar este amor divino no bastará con la entrega en sus manos, pasiva y triste, como la exigía Yahvé. No es un Dios que haya pactado con un pueblo escogido, sino un Dios que busca el amor leal de cada uno de los hombres, vengan de donde vinieren, sin consideración a raza ni país. Es un Dios universal que promete los premios de su amor a quienes cumplan sus mandatos, porque en el versículo 39 del capítulo o sura XXII del Corán está escrito: «En verdad que Allah aparta el mal de los creyentes; en verdad, Dios no ama a los traidores infieles.»

Las relaciones de Dios con sus fieles dan lugar de este modo a una ética consoladora, en la que interviene la conducta individual de cada yo. Al cabo de la dogmática islámica está *al-quiyamah*, el juicio último, a través del cual Allah discernirá premios y castigos, según las conductas de cada uno. El paraíso de Mahoma está al término de las existencias humanas, no es un paraíso que ha de cumplirse en la tierra cuando el Dios Yahvé otorgue a los hebreos la venganza de sus enemigos en la hora en que

sus humillaciones hayan logrado aplacar la propia venganza suya.

Hay en el Islam una doctrina de la certidumbre, *ilmu-l-yaquin*, en la averiguación de la voluntad divina. Lo bueno, que es lo bello, *al-husn*, está claramente diferenciado de lo malo, que es lo feo, *al-qubh*. El orden de los preceptos divinos deja un margen de libertad al querer humano de cada yo, porque no se trata de un pacto que ligue a un Dios con una comunidad de raza, empero sí de una norma de conducta válida para todos los nacidos; según el exégeta Mudyahid, incluso hasta a los *djins* que pasen sus claridades por las reverberaciones del desierto.

Como beduinos hijos de beduinos que han hecho del desierto solemne y callado el marco inmenso de sus vidas, los hijos del Islam llamarán al camino de la salvación, que es la ley de Dios inscrita en las revelaciones coránicas con el nombre con que entre las arenas designaban el camino que conducía a los pozos utilizados como abrevaderos. El camino a seguir es el camino de las fuentes, y las fuentes mismas serán las suras del Corán, las palabras de vida eterna que reglarán las conductas rectas, tal como el profeta Mahoma la ha oído de labios del arcángel Jibril.

Una construcción perfecta equilibra el orden de las relaciones de Allah con los hombres, ya desde los principios del Islam. Hay mandatos estrictamente forzosos, el *fard*; cosas absolutamente prohibidas, *haram*; cosas aconsejables, *mandub*; cosas evitables, *makrub*, y hasta materias indiferentes, *yaiz*. No es Allah el Dios caprichoso ni cruel que se complace en apagar su ira azotando brutalmente a sus escogidos; es el Dios que traza el camino claro de las *shariat*, de los senderos que llevan hasta el paraíso, igual que otros *shariat* conducían hasta las fuentes en medio de las sequedades del desierto.

Tan evidente es semejante factor en la religión islámica, que la entera sistemática jurídica se apoya en la separación del *ilm*, o saber supremo, inteligencia en materias divinas, del *fiqh*, o saber especial de los preceptos de la ley. Un *alim*, lo que habitualmente llamamos en castellano *ulema*, corrompiendo el plural *ulama*, es cosa muy distinta del *faqih*; al primero basta poseer inteligencia; el segundo ha de tener, además, independencia en el juzgar. Los *fuqaha* no son teólogos ni filósofos, vienen a ser para el Islam lo que los jurisprudentes eran en la antigua Roma.

Por eso el Islam admite como fuentes, al lado de la revelación coránica y de los *hadiz*, memorias del profeta, la opinión de los doctos o *ijma* y los razonamientos análogos o *qiyás*. Por eso el *hadiz* de *Muad* nos refiere cómo Mahoma dejó abierto a los hombres los caminos de la exégesis de la palabra de Dios, puesto que se dirigía a personas concretas y no a meros instrumentos colectivos de la voluntad de Yahvé, cual sucedía en la mentalidad hebraica.

Muad era uno de los primeros compañeros de Mahoma. El Hombre de Allah juzgó oportuno enviarle a gobernar un territorio conquistado. Muad acudió a Mahoma demandando instrucciones adecuadas. «¿Con arreglo a qué leyes he de gobernar y juzgar?», le interrogó. «Según las escrituras de Dios», fue la respuesta. «¿Y si en ellas no encuentro nada aplicable?», tornó a demandar. «De acuerdo con las tradiciones del Mensajero de Allah», replicó de nuevo Mahoma. «¿Y si tampoco hay nada de acuerdo?», insistió Muad. «Lo que interprete tu razón», fue la solución conclusiva. «Y alaba a Allah que ha favorecido al mensajero de su Mensajero con lo que Allah está dispuesto a aprobar.»

De esta suerte, el musulmán se sabe respaldado por Dios, mano suya según un orden racional de reglas. No es el

instrumento ciego, si el instrumento consciente de la voluntad del Altísimo. No es esclavo, pero si portavoz a través de su razón de lo que Allah ha querido. Entre Dios y el hombre media un acuerdo coherente, una relación lógica, un acercamiento racional, una consoladora trama sujeta a un orden de preceptos inmutable. Nada de la certeza del esclavo que sufre y se humilla; mucho de la hidalguía del caballero que es portavoz de la verdad que Dios ha revelado y que él puede completar con las reglas que su razón, otro instrumento de Dios, le vaya dictando en cada caso.

## V

Y ved aquí cómo tornamos a lo que decia al principio. La grandeza del alma del varón árabe le viene de esta relación con que Allah le sustenta, le abraza y le comprende, sin ninguna de la total sumisión del hombre a los mandatos divinos. De esta lógica consoladora, nimbada del orgullo legítimo de ser instrumento consciente, eso sí, consciente y nada esclavizado, de la voluntad de Dios, mana el sentido de la *muruah*, de la grandeza de alma del caballero de la media luna.

El drama teológico característico del Oriente no ha caído al terror de la tragedia. En el tablado de la escena de la vida, el caballero sosegado, sereno, es otro nuevo mensajero de Allah. De donde, su grandeza y su dignidad supremas.

Me diréis que también aportó aquí mucho la tradición señorial de los hijos del Desierto, que las virtudes del caballero árabe son las de sus milenarios antepasados beduinos, que a la sombra de las tiendas tejidas con pelo de camello nació este sentido magnánimo de la majestad del hombre islámico. Y tendréis razón. Pero es que para mí la hidal-

guía árabe, madre de los estilos de la hidalguía española, es la consecuencia de una síntesis; de una maravillosa síntesis entre las costumbres talladas por los siglos sobre el polvo de los desiertos de Arabia y una religión que dotó al hombre de la capacidad de ser instrumento consciente y cooperador digno de los designios de Dios.

¿Recordáis cómo el poeta argelino el amir Abd-el-Kader al-Yazairi, el héroe de las luchas contra Francia en el tercer decenio del siglo XIX, encontraba a Allah en las inmensidades del desierto? Permitidme terminar con su gracia estas deslabazadas palabras mías:

¡Oh tú!: que excusas al que gusta vivir en las ciudades,  
y clamas contra quien ama a los desiertos.  
¡No censures las casas de transporte ligero,  
ni alabes las edificadas con barros y con piedras!  
Si tú supieras lo que el Desierto encierra,  
comprenderías entonces lo que digo.  
Pero lo ignoras,  
¡y cuánto daño cabe en la ignorancia!  
¡Si alguna vez hubieras amanecido en el Desierto,  
sobre el tapiz de arenas,  
allí donde parecen ser las perlas los guijarros!  
¡O hubieras recorrido sus jardines,  
los jardines de la gracia esplendorosa  
henchidos de perfumes, ornados de hermosuras!  
Habrias sentido—tu ánimo agrandándose—,  
los aromas del céfiro impoluto.  
O la mañana que sucede a la noche en que se desatara  
la tormenta,  
desde un cerro saliente,  
hubieras extendido tus miradas:  
habrias visto en todas direcciones,  
surcando la extendida llanura,  
tropeles de animales pareciendo mil plantas olorosas.  
¡Ah! El corazón enfermo se queda allá sin penas,  
y el hombre amilanado vuelve a vivir de nuevo como hombre.

Y nada más.